

## Homenaje a Derrida, «el superviviente»<sup>1</sup>

JOSÉ CARLOS BERNAL PASTOR

Hoy, apenas pasados dos años de su muerte «efectiva», no sé si el acto que nos convoca aquí, ahora, en torno a su figura, confirma o desmiente una declaración que Derrida hizo en una de las últimas entrevistas que concedió y que fue publicada unos cincuenta días antes de que muriese<sup>2</sup>, cuando ya su enfermedad descubría su sesgo de mortalidad inminente. En un momento de la misma, después de señalar que el estado de nuestra tecno-cultura ha provocado en la estructura y la temporalidad de la herencia tal transformación que ya no hay saber que pueda prever nada a propósito de la subsistencia de una obra, aventurando un pronóstico para la suya, dice entre divertido y grave:

Tengo simultáneamente, le ruego que me crea, el *doble sentimiento* de que, por una parte, para decirlo sonriendo e inmodestamente, no se me ha empezado a leer, que si hay, ciertamente, muchos muy buenos lectores (algunas decenas en el mundo, quizás, y que son también escritores-pensadores, poetas), en el fondo, es más tarde cuando todo esto tiene una oportunidad de aparecer; pero también de que, por otra parte, simultáneamente pues, quince días o un mes después de mi muerte, *ya no quedará nada*. Salvo lo que está custodiado por el depósito legal en biblioteca. Se lo juro, creo sincera y simultáneamente estas dos hipótesis<sup>3</sup>.

Derrida jura creer en lo que ruega que se le crea. Sabe que este testimonio suyo, y su obra no es sino el acta de tantos otros testimonios que comparten con éste esa misma necesidad, es tan duro de comprender, que para hacerse creíble necesita el apoyo solemne de un juramento y la expiación de una súplica. Porque esas palabras que Derrida dice en ese momento de la entrevista, sabiendo que al ser una entrevista destinada a ser publicada, lo dirá para cualquier momento en que sea leída, se dejan traducir, parcialmente al menos, se dejan interpretar un poco groseramente, como si Derrida

---

Fecha de recepción: 8 marzo 2007. Fecha de aceptación: 16 mayo 2007.

1. Esta breve reflexión fue escrita para un acto, que no llegó a realizarse, previsto como homenaje a Derrida dos años después de su muerte, en este acto se le había asignado un espacio muy determinado: servir de corta presentación que dejaría lugar a una posterior conferencia a realizar por otro ponente. Todo en ella, su extensión, su tono, su estilo, su contenido, etc., responde al intento de adecuarme a la ubicación encomendada y es enteramente dependiente de esa circunstancia.
2. «Je suis en guerre contre moi-même», *Le monde*, 19 de agosto de 2004. Entrevistador: Jean Birnbaum. La versión íntegra de esta entrevista ha sido editada separadamente, precedida por una introducción de Jean Birnbaum, en el año 2005 por la editorial Galilée con el nombre *Apprendre à vivre enfin*. A esta última edición refieren las citas que traigo a colación.
3. *Op. cit.* pp. 34-35.

dijera en ese modo verbal en el que futuro y pasado se entrelazan pareciendo saltar por encima de la referencia temporal al presente, que «su» tiempo *todavía no habrá llegado* y, a la vez, que «su» tiempo *ya habrá pasado*. «Su tiempo», es decir, el de su obra, pero también indisolublemente el de Jacques Derrida, porque si la obra de un autor es el rastro que éste deja, el firmante de la misma, desde el instante mismo en que plasma su firma, forma parte de ese rastro, es una de las huellas que lo componen. Entonces, si el tiempo de «Derrida» todavía no habrá llegado y ya habrá pasado, si Derrida, cuando ruega que se le crea, está *sustraído* al tiempo, y sin embargo puede dirigirse a su entrevistador, y a cualquiera que «lo lea», ¿no tiene sentido preguntarse si su voz no habrá sido y habrá de llegar a serlo siempre la voz de alguien que, sea como sea, interpela desde más allá de la vida, un «espectro» quizás?

Ahondemos un instante esta cuestión. Si suponemos como cierto que el tiempo constituye la determinación ontológica esencial y que todo lo que es se hace presente: se configura como una presencia, sustraerse al tiempo significa no poder ser, no necesariamente porque se condene a no ser nada, sino porque se abre a la casi imposible posibilidad «extra-ontológica», singular, de *acontecer sin hacerse presente*. Derrida jura experimentar el doble sentimiento de que su tiempo todavía no habrá llegado y que ya habrá pasado. No se trata pues del juramento de alguien que esté presente, ante el entrevistador, ante el lector, ante sí mismo, en el momento de hacerlo. Por muy increíble que esto pueda resultar, Derrida no habrá de ser, ni habrá sido nunca una presencia, Y si, no obstante, nació y vivió y murió, y mientras vivió escribió sin cesar sobre aquello en lo que creyó, juró, y rogó que se le creyera, dejó escrito que su vida y la de todos, que la vida en general, ni se reducía ni se confundía con un tener tiempo, con un hacerse un presente, que vivir es antes de nada cierto *sobrevivir*.

Esto, sólo esto, es lo que yo querría expresarles en este acto, cuando seguramente, aunque ¿quién lo sabe al presente?, todavía sea muy pronto para que le leamos bien y ya demasiado tarde para que nos quede algo suyo. Yo querría rendirle un modesto homenaje hoy, dos años después de su muerte, porque Derrida no vivió sin dejar de enseñarnos, sin dejar de interrogarse sobre la posibilidad de la *afirmación* de la vida. Y como no hay mejor forma de homenajear a quien la muerte le ha privado de poder responder de sus palabras, que darle la palabra, la citaré una y otra vez recogiendo de la entrevista a la que vengo remitiendo desde el comienzo.

«Amo la vida, y mi vida, amo lo que me ha constituido»; «la desconstrucción está de parte del *sí*, de la afirmación de la vida»; «el discurso que yo sostengo no es mortífero, por el contrario, es la afirmación de un viviente que prefiere el vivir y el sobrevivir a la muerte»: dirá en tres ocasiones diferentes de esa conversación tan cercana a su muerte<sup>4</sup>. Y Derrida pone especial cuidado en que no se interprete que estos cantos de afirmación son únicamente la expresión entre nostálgica y desesperada de quien sabe que su plazo se ha agotado. No, no es alguien en un momento terminal de su vida, sino todos y cada uno de los instantes de ella y de su obra, es «la desconstrucción» la que se afilia con la vida. Pero, la desconstrucción no es la filosofía, y el desconstructor no es el filósofo. Derrida nos recuerda que desde Platón el filósofo tiene una máxima ineludible: filosofar es aprender a morir. Al filósofo le es imprescindible aprender a morir para aprender a vivir, y aprender es, a la sazón, más allá que un acto de conocimiento, un acto, o mejor, el acto mismo de aceptación, la afirmación misma. El filósofo se educa bajo el mandato que le enseña a afirmar la muerte para afirmar la vida. Pues bien, Derrida, el desconstructor, como habrá hecho siempre la

4. *Ibíd.*, pp. 37, 54 y 55, respectivamente.

desconstrucción en relación con la filosofía, no dejará de atender esa prescripción filosófica y, a la vez, no dejará de resistirse a ella con un gesto que manifiesta tanta indocilidad y rebeldía, como imposibilidad e impotencia:

Nunca he *aprendido a vivir*. ¡En absoluto! Aprender a vivir, esto debería significar aprender a morir, a tomar en cuenta, para aceptarla, la mortalidad absoluta (sin salvación, ni resurrección, ni redención —ni para sí mismo ni para el otro—)<sup>5</sup>.

Derrida no habrá aprendido a vivir, le habrá faltado el tiempo que se precisa para ello, el que fluye entre el nacimiento y el fallecimiento, el que delimita con nitidez un presente para el nacimiento a la vida y otro para el «inicio» a la muerte —que, de seguir el temor expresado por Maurice Blanchot, acaso sea con más motivo terrible porque *interminable*—. Ese tiempo que determina el orden de sucesión según el cual, para el ser vivo singular, la vida inexorablemente precede a la muerte y la muerte ineluctablemente sucede a la vida; o dicho de otro modo, que la vitalidad y la mortalidad sean, *mientras se hacen presentes*, absolutas.

Indócil, incapaz, resistente a las afirmaciones filosóficas que aseguran que hay *la vida*, o que hay *la muerte*, o que o hay la vida, o hay la muerte, a Derrida le habrá impulsado insistentemente, cada instante, una obsesión cuya escritura, mucho más que una faceta de su obra, estructura toda ella como su *legado*. Cuando esta escritura pone nombre a esa obsesión desconstructora, genera inicialmente cierto desconcierto, pues la designa como «supervivencia», y esto da a entender, en principio, que Derrida tiene el mismo deseo obsesivo de perseverar que se oculta, quizás, bajo la prescripción filosófica a aprender a vivir. Pero, «perseverar» es durar permanentemente, es estar siempre presente, tener tiempo inacabablemente, y caer en la cuenta de ello ya basta para sacudirse esa posible perplejidad inicial. Falto de tiempo, Derrida habrá apuntado necesariamente otra posibilidad de la supervivencia, aquella que recoge perfectamente nuestra lengua, y sanciona el diccionario de la Real Academia, cuando define «pervivir» del siguiente modo: «seguir viviendo *a pesar del tiempo*», es decir, seguir viviendo por mucho que le pese al tiempo, más allá de la resistencia que oponga el tiempo.

Si Derrida dice no sólo de él, sino de todos los que, como le habrá sucedido a él mientras sostuvo la entrevista, están «efectivamente» vivos: «todos nosotros somos supervivientes aplazados»<sup>6</sup>; si llega hasta el extremo de generalizar diciendo que la supervivencia «constituye la estructura misma de lo que nosotros llamamos la existencia, el *Da-sein*, si usted quiere»<sup>7</sup>, es porque, lo que él llama *supervivencia* pretende ser un «concepto original»<sup>8</sup>, y porque la «originariedad» de la supervivencia procede de que «ella no deriva ni del vivir ni del morir»<sup>9</sup>.

No derivar de la vida ni de la muerte implica no mantener con ellas una relación temporal: la supervivencia originaria de la que habla Derrida no sucede a la vida tras el paso por la muerte, no esconde pues ninguna ambición de inmortalidad. Más bien hay que decir que esa supervivencia se *inscribe* en la vida y en la muerte, se *escribe* en ellas como lo que acontece *entre* ellas sin hacerse presente, entre ellas cuando el tiempo percedero de la vida y el tiempo interminable de la muerte,

5. *Ibíd.*, p. 24.

6. *Ibíd.*, pp. 24-25.

7. *Ibíd.*, p. 54.

8. *Ibíd.*, p. 54.

9. *Ibíd.*, p. 26.

el tiempo que les hace ser a cada una lo que son, que les hace *ser*, sólo tiene lugar como lo que todavía no habrá llegado o ya habrá pasado; entre ellas, pues, cuando la vida «sobrevive» en tanto que escritura de la muerte y la muerte «sobrevive» en tanto que escritura de la vida. «Escritura», insisto, no sólo porque la supervivencia de Derrida se anunciara en sus primeros textos a través de ella, desplazándola ya desde el inicio de la determinación ontológica enteramente orientada por la temporalidad, sino porque, mucho más allá, la escritura habrá sido recurrentemente el *ejemplo-ejemplar* de «la estructura», de «la forma constante» de su vida, es decir, de la vida «que vive» su muerte:

En el momento en que yo dejo (publicar) «mi» libro (nadie me obliga a ello), yo acontezco, apareciendo- desapareciendo, como este espectro ineducable que nunca habrá aprendido a vivir. El rastro que yo dejo me notifica a la vez mi muerte, por venir o ya sobrevenida, y la esperanza de que él me sobreviva. Esto no es una ambición de inmortalidad, esto es estructural. Yo dejo ahí un trozo de papel, yo parto, yo muero: imposible salir de esta estructura, ella es la forma constante de mi vida. Cada vez que yo dejo partir alguna cosa, que tal huella parte de mí, «procede» de mí, de modo irrecuperable, vivo mi muerte en la escritura<sup>10</sup>.

Derrida, que nunca habrá aprendido a vivir porque se habrá precipitado inmediatamente a la supervivencia, a la escritura, nos ha dejado ciertamente un legado difícil que no es seguro que hayamos aprendido a leer. «Vivo mi muerte en la escritura», nos dice este superviviente que se llama a sí mismo «espectro», y con esa inseguridad no dejamos de descifrar esa corta frase, que enuncia la vida de la muerte, como la elipsis de otras muchas, como si a través de ella leyéramos, por ejemplo, que Derrida ha dejado escrito que vive su muerte cada vez que deja un rastro o una huella, y que, como no parece que pueda haber alguna vez en la que vivir no suponga imprimir una marca, o dar indicios, o hacer señas, eso que dejó escrito se anuncia como la transcripción de una fórmula general, generalizadora, que dijera que vive su muerte cada vez, es decir, *todas las veces*.

Todas la veces, dice entonces el superviviente, vivo mi muerte; «entonces», esto es, en el curso de una entrevista, cuando responde a otro. Responder a otro es algo que sólo es posible cuando se sale de sí mismo. Y, por su parte, salir de sí mismo no puede suceder sin que el yo que constituye el núcleo del solipsismo experimente esa violencia quebrantadora que transmite el lúcido testimonio de Derrida apuntando un exceso, un sobrepasamiento de todo punto, un más allá imponderable que desborda toda previsión o todo vaticinio:

Yo estoy en guerra contra mí mismo, es verdad, usted no puede saber hasta qué punto, más allá de lo que usted adivina, y yo digo cosas contradictorias, que están, digamos, en tensión real, me construyen, me hacen vivir y me harán morir. Veo a veces a esta guerra como una guerra terrorífica y penosa, pero al mismo tiempo sé que esto es la vida<sup>11</sup>.

Esta hipérbole de la vida que es la vida «que vive» la muerte, esta supervivencia que Derrida llamará más de una vez «la vida más allá de la vida, la vida más que la vida»<sup>12</sup>, sobreviene en la

10. *Ibíd.*, p. 33.

11. *Ibíd.*, p. 49.

12. *Ibíd.*, pp. 54-55.

guerra que mantiene en pugna al yo, *expuesto al otro*, en un combate intemporal con su rastro. No se sobrevive si no es en la escritura del yo, allí donde no hay sujeto constituyente que prevea y ordene su perseverancia, su inmortalidad, sino la tensión que, cayendo sobre él, le hace *pervivir* más allá de sí. Jacques Derrida, el superviviente que habrá sido y tendrá que ser indiscernible de su rastro, afirma sin duda su supervivencia, pero esta afirmación no es simplemente el acto de una voluntad autónoma, ni algo que pudiera ser sin más enseñado o aprendido, sino que es más bien la asunción, la aceptación, de lo que desborda al supuesto hombre mortal que fue Jacques Derrida, el consentimiento con la «suerte» singular que le habrá *sobrevenido*. Por eso, de esta supervivencia tal vez no haya testimonio más consecuente, pero también más exigente, es decir, que demande más intensamente ser creído, que el que da Derrida aludiendo a «suerte», a «su» bendita suerte sólo traicionada por una única «excepción»:

Yo no he estado nunca tan obsesionado por la necesidad de morir como en los momentos de felicidad y gozo. Gozar y llorar la muerte acechante es para mí lo mismo. Cuando yo rememoro mi vida tengo tendencia a pensar que he tenido la suerte de amar incluso los momentos infelices de mi vida y de bendecirlos. Casi todos, salvo una excepción. Cuando rememoro los momentos felices, los bendigo también, seguro, al mismo tiempo, ellos me precipitan hacia el pensamiento de la muerte, hacia la muerte, porque eso pasó, terminó.

La supervivencia se decide en la suerte que, sin embargo, se ofrece para ser aceptada y que, con una especie de ironía vuelta sobre ella misma, indicador de que es otra cosa que un destino ineluctable, admite el reparo de alguna excepción. Lo dice Derrida que, por ser beligerante consigo, llega a ser ese radical amante de la vida más que la vida, para el cual el amor a la vida en general, es indiscernible del amor a *su* vida singular. Nos los dice a nosotros en el curso de una entrevista casi inverosímil marcada por un juramento y un ruego, quizás —¿quién sabe si ya hemos aprendido a seguir la escritura de su rastro, quién sabe si queda algo de él en su rastro?— para enseñarnos, y por esto merece nuestro homenaje, que la afirmación de la vida, ese exceso más allá de toda prueba, es una «bendición».

